

# HISTORIA DE LA VIDA DEL EMIGRANTE

FRANCISCO BRUNO MAZZA

## NARRACIÓN

San Marino, la antigua tierra de la libertad. En esa bendita tierra nacieron Atilio Mazza y Erminia Muratori.

Se conocieron y la llama rosada del más puro amor, los unió para siempre.

De ese matrimonio nacieron cinco hijos. A fines de 1909, papá Attilio y mamá Erminia se vieron obligados a dejar San Marino, en busca de mejoras económicas y llegaron a Trieste.

El 10 de octubre de 1910, nació un hermoso bebé de ojos de color del tiempo a quien llamaron Francisco Bruno. Creció bajo la tutela amorosa de su hermana María de sólo diez años y de su hermanita Bettina de seis, mientras mamá Erminia trabajaba valerosamente al lado de su marido, para obtener el sustento de cada día.

Francisco cuyo espíritu independiente y alegre no le permitía estarse quieto ni ser demasiado obediente, hacía renegar bastante a sus hermanas con sus travesuras. Económicamente estaban mejor y apasiblemente, cada cual en lo suyo, pasaron cinco años.

1915, El monstruo de la guerra los asebiada llenándolos de pavor. No lo pensaron mucho y volvieron a su patria.

Pero otra vez la falta de trabajo obligó a la familia a probar suerte en Génova, con su puerto e industrias. Papá Attilio fue el primero en conseguir trabajo en la Compañía Ansaldo. Meses después, sus hermanos Giovanni y María trabajaron en una fábrica de la hojalata.

Dos años más tarde falleció el hermano mayor, de una grave afección a los riñones.

El dolor paralizó a la familia, pero con la ayuda de Dios, pudieron superar esa pérdida tan querida.

Corría el año 1918 y el nacimiento de una niña trajo nuevamente alegría al hogar, sólo que duró muy poquito porque la beba cayó ante el flagelo de una epidemia que en ese tiempo azotaba al país. María ya tenía veinte luminosos años y con muchas esperanzas e ilusiones se desposó con el Sanmarinés Marino Bollini. Tiempo después, partían hacia las lejanas tierras de América. Llegaron a la República Argentina donde se radicaron en Córdoba.

Córdoba, con sus sierras y montañas, le traían el recuerdo siempre latente de su amada patria. Mientras tanto, Francisco crecía sano y vivaz al lado de su hermanita Bettina y la abnegada preocupación de sus papás.

Su amor por la música hizo que sus padres les costearan con mucho sacrificio, sus primeras lecciones. Ya tocaba bastante bien el acordeón y le mandolín, pero decidió dejar sus estudios para colaborar con el presupuesto familiar, siempre tan precario. El trabajo no le asustó nunca. Probó fortuna como peluquero, operario en varias fábricas, carpintero, hasta que su papá logró que entrara en la empresa Ansaldo, donde él trabajaba desde hacía varios años.

En sus momentos libres Francisco corría al puerto y con sus ojos color del tiempo atisbaba de ese mar tan azul, llenando su almita de sueños y aventuras.

El también quería viajar y conseguir fortuna para que sus viejitos no trabajaron tanto, que tuviesen una vejez próspera y dichosa.

Solo tenía 17 florecientes años cuando llegó a su vida el cariño de un señor muy rico; Lorenzo, que había perdido a su único hijo hacía muy poco tiempo.

Amaba tiernamente a Francisco, quien le recordaba muchísimo a su hijo por su nobleza y alegría. Un día le preguntó, mientras lo acariciaba con la mirada – Francisco ¿qué es lo que más deseas hacer en tu vida?

Francisco, sien titubear, con una luz interior que le iluminaba el semblante respondió:

- Quiero viajar a la Argentina.

Lorenzo lo miró y con la voz un poco ronca le dijo.

- Dime, dime para qué quieres irte?

- Para trabajar, respondió el joven, ahorrar dinero y volver para darles a mis papás todo lo que necesitan.

- Hijo, respondió tristemente el amigo, quizás tus padres sólo quieran estar cerca de tí, amarte y tenerte ..

- Sí, contestó Francisco, eso lo tendrán siempre, pero yo quiero darles mucho más. Un buen pasar, que no necesiten sacrificarse tanto, que puedan descansar en los años venideros, cuando las fuerzas los abandonen.

- Bueno hijo, contestó con bondad su benefactor. Cuenta con tu pasaje, aunque yo sienta nuevamente la soledad de no tener al hijo.

Las lágrimas empañaron los ojos jóvenes y un abrazo muy tierno selló esa promesa.

Diciembre de 1928. Ya todo estaba preparando. El pasaje, documentación, no faltaba nada.

El “Princesa Mafalda” majestuoso esperada ya en el puerto de Génova.

Pero el joven Francisco Mazza no pudo partir. Enfermó repentinamente de una apendicitis aguda y tuvo que quedarse. Jugarreta de la vida. El “Princesa Mafalda” no llegó a destino. Se perdió en la mar después de una terrible tormenta undiéndose entre llantos y desesperación de toda su tripulación.

Meses más tarde, ya repuesto de su enfermedad con nuevas esperanzas, con renovados bríos, vuelve Francisco a intentar su gran aventura. Esta vez el “Julio Cesar” lo esperaba. Ya a bordo, un mujer, joven todavía, que ahogando sollozo, lo llamaba y repetía su nombre una y otra vez. Traía un paquete entre sus temblorosas manos. Era Erminia, su buena mamá, que deseaba entregarle algo que había comprado para él, ahorrando monedita: Un mandolín, para que, con su música, apagara tristezas trocándolas en cascabeles de armoniosa alegría.

Todavía se conserva ese un mandolín, como una reliquia muy querida. Cuando llegó a Buenos Aires, después de haber cruzando el gran Océano, tuvo una desilución muy grande. Casi una aldea, al lado de su Génova. ¿Eso era Buenos Aires

Nadie lo esperaba. Que lejos estaban sus viejitos tan queridos! Si hubiese tenido dinero, seguro no seguía con su aventura. Pero armándose de valor, continuó su viaje a Córdoba, punto final de su camino. Campos interminables chocaron con la mirada absorta del joven emigrante. ¿Qué pensaba, qué opinaba Francisco en su interior?.

Sus pensamientos volaban hacia la mamma que dejó, en su babbo, en su patria, mientras lágrimas rebeldes mojaban sus mejillas, hasta que el sueño lo adormeció quietándole cansancio.

Llegó a Rivera Indarte, un pequeño poblado cerca de la capital Cordobesa, donde vivía su hermana y cuñado. Comenzaba el otoño. El lugar le trajo nuevos ánimos; a lo lejos, se veían las sierras azuladas, que contrastaban armoniosamente con el verde amarillento de su vegetación y el limpio azul de su cielo. Ya las hojas caían alegremente formando una larga alfombra marronada, que crujían a cada paso.

El reencuentro con su hermana y su cuñado fue conmovedor. Vecinos de María y Marino eran los genari, Sanmarineses que dejaron su Patria con las esperanzas e ilusiones de todo emigrante. Volver algún día con los bolsillos llenos de dinero y el corazón rebozando de dicha. Compartían con ellos esas pequeñas reuniones familiares, donde la alegría iluminaba sus semblantes, mientras saboreaban la rica pasta casera que les ofrecía María.

Francisco, con su acordeón o su mandolín traía la música de su tierra, acompañada por el canto de todos; luego venían los cuentos, las leyendas y los recuerdos lindos de la lejana Patria.

Mientras tanto, Francisco tiraba las líneas para conseguir trabajo. Siempre encontraba un compatriota que le tendiera su mano.

Y así fue que pudo entrar en la Unión Telefónica. Se mudó a una pensión para estar más cerca de la oficina.

Las cosas no andaban tan mal hasta el año 1931, en que la empresa se vio obligada a reducir personal, quedando cesante nuestro joven emigrante. Con la importancia propia de alguien que pierde su trabajo, Francisco tuvo que volver a la casa de su hermana. Pero Dios le ayudó siempre; un amigo le habló de un señor Arancibia, dueño de una pequeña central telefónica residente en Villa Dolores, lugar serrano distante unos 200 km.

Sin titubiar, se las ingenió para llegar y conseguir el empleo. El destino tejía los designos que estaban preparandos para el joven Francisco.

En ese cálido lugar conoció a Leonor, quien fue la compañera de toda su vida y la madre de sus cinco hijos: Erminia, Atilio, Ector, Marino y José Alberto.

Años más tarde, la empresa de Arancibia fue comprada por una compañía extranjera, y Francisco volvió a poseer un empleo muy cotizado en esos años.

Logró tener su casita y un modesto automóvil, con el que cruzábamos de vez en cuando las altas cumbres, para abrazar a su hermana y cuñado, quienes no tenían hijos.

Para nosotros era una verdadera fiesta visitar a nuestro tío.

A mediados de 1941 a papà lo trasladan a Còrdoba, Capital. Con nostalgia dijimos adiós a nuestra primera vivienda y nos instalamos en Argüello, muy cerca de Rivera Indarte.

Pasaron cuatro años de lucha y trabajo. Mi padre levantó nuestra nueva casa con mucho esfuerzo, y en 1946, llegó para alegría de toda la familia, nuestro hermano más pequeño; José Alberto.

Mi papá frecuentaba los colegios religiosos, en especial los pertenecientes a los Salasianos, congregación creada por Don Bosco. Su alegría contagiosa la brindaba a raudales, haciendo honor a su raza y a su credo. Cosechó muchísimos amigos. Pero no estaba satisfecho; faltaba algo muy importante que se prometió a sí mismo antes de partir para la Argentina: volver a su patria y llevar a sus progenitores un bienestar económico.

Hasta ese momento (año 1946) fue imposible todo intento. Sabía que sus viejitos habían regresado a San Marino y luchaban a brazo partido contra la miseria.

Sólo quedaba una solución: Mandarles el pasaje y proponerles que vivieran en Argentina con nosotros.

Para conseguir el dinero necesario, hubo que hipotecar nuestra vivienda. En el año 1947, papá acompañado de su hermana María, su hijo Atilio y su futuro yerno Arturo, viajaban a Buenos Aires con la ansiedad sublime de besar a su querida mamma y de abrazar a su babbo.

Al llegar al puerto, y encontrarse después de veinte años, con infinita emoción se fundieron en un abrazo, mientras las lágrimas mojaban las mejillas y desbordaba de alegría los corazones.

Al principio, todo estuvo bien. Pero a medida que pasaba el tiempo, los nonos comenzaron a extrañar a sus amigos, su lengua, sus costumbres, sufrían como sufre todo emigrante en sus primeros años. Solían visitar a la familia Giardi, Sanmarinenses que vivían en un lugar cercano a nuestra casa. Se entretenían jugando a la bíscola,

pero no, el desarraigo era demasiado duro para esos seres casi ancianitos.

No les faltaba el sustento diario, ni el bienestar, ni el cariño de los suyos, pero estaban lejos, muy lejos de su Patria, de su San Marino.

Hasta que papá les dijo: - Basta, basta de sufrir, conseguiré el dinero y volverán a San Marino.

Dos años después, entre lágrimas, los vimos partir, felices de regresar a la Patria.

No importa cómo vivirían, pero lo harían en esa tierra tan querida que los vio nacer. Sus restos hoy descansan en el cementerio de Montalbo, San Marino.

Allá por los años 60 mi padre se jubiló y lleno de emoción obtuvo pasaje para Génova, reencontrándose con su hermana Bettina después de treinta y dos años de ausencia. Compartió seis meses con parientes y amigos. Pero debía regresar a la Argentina, cuna de su mujer, hijos y nietos.

El nono, el querido nono, volvía trayendo entre sus manos un poquito de su Patria en cada souvenir, en cada regalo y no faltó la bandera celeste y blanca Sanmarinense, que flameó junto a la celeste y blanca de Argentina, en las fechas patrias.

En el año 1968 volvió a viajar, pero ya del brazo de su mujer.

Años después, 1980, nuevamente visitaron a la Patria lejana.

Diez años más tarde, 1990, cruzaron otra vez el Atlántico, poniendo un broche de oro a esa serie de paseos, pues lo hicieron en barco, disfrutando ese mar tan inmenso, que, al contemplarlo, se siente la grandezza de Dios en su obra maravillosa.

Pero no termina aquí esta historia. Como la vida misma que se renueva en cada amanecer, así, el vástago más joven de Francisco Mazza, José Alberto, volvió a las raíces de sus padre y de sus abuelos. A la lejana y querida San Marino.

Todo comenzó a principio del año 1989.

La economía aquí en la Argentina estaba muy resentida. Los sueldos muy bajos y la falta de trabajo, obligaron a muchos jóvenes a cruzar el Atlántico e intentar buscar, en la Patria de sus padres, alguna salida a sus necesidades.

En ese año mi sobrina, Mariana, la hija mayor de Alberto y Marina, viajó a la Patria de su abuelo paterno para recibir un premio que se hizo acreedora. Y fué ella la que, al volver a Argentina entusiasmó a sus padres, contándoles maravillada las bondades de San Marino. Deseaba ardientemente radicarse en esa tierra tan hermosa. Se sintió apoyada por sus padres, quienes prometieron pensarlo.

Quizás la falta de futuro para sus hijos y el espíritu aventurero que heredó de su papá, contribuyeron para que Alberto y Marina tomaran una decisión contundente: Viajar y comenzar una vida nueva.

Mi recuerdo me lleva a aquel 1 de mayo de 1992, cuando mi hermano, mi querido hermano, rodeado de su hermosa familia o sea su esposa y sus cuatro hijitos, se despedían de nosotros en la terminal de omnibus de Cordoba.

Todos tratábamos de disimular nuestra tristeza, pero a las lágrimas no podíamos dominarlas y brotaban como torrentes ahogando los sollozos que pugnaban por salir...

Lo que más impactó fue la actitud de mi padre quien, con una inefable ternura, abrazaba a mi mamá.

En la palidez de su rostro se leía la emoción profunda por la cual pasaba, mientras su mirada se perdía en sus recuerdos.

Quizas veía en esos momentos reflejada su propia experiencia cuando allá por los años 28, partía de Génova despidiéndose de tantos afectos que lo ataban a su tierra...

Y su corazón sangraba; pero en silencio pedía a Dios por esa parte de su ser que se iba y quizás no volvería. Comprendía a su hijo y compartía sus anhelos de vivir mejor.

Pasaron las primeras semanas, recibiendo noticias de nuestros inmigrantes.

Llegando a destino, a la querida tierra de sus abuelos, con entereza y mucha fé, comenzó la búsqueda de vivienda y trabajo.

Consiguieron un pequeño albergue que les permitió moverse libremente los primeros meses.

No fue fácil. La lengua, las costumbres. Debían adaptarse. Pero el deseo de triunfar fué más fuerte que todos los contratiempos. Con tesón, voluntad y constancia lo lograron.

Y fue la mano de Dios, en la persona de un ser bondadoso, que existió, a pesar del caos que vive el mundo, quien se hizo presente con algo realmente loable.

Le presto una antigua casita en Domagnano.

Mi hermano que es un verdadero antifece para restaurar y embellecer lo que se proponga, con su trabajo manual de horas de verdadero sacrificio, logro que esa casita se transformara en su primer hogar.

Marina, su esposa, es una mujer hacendosa, trabajadora y muy luchadora que fué y es la compañera ideal que todo hombre de bien anhela tener a su lado.

Se complementaron y se apoyaron para lograr ese meritorio triunfo, y no me refiero solo a lo económico, que después de nueve años lograron el sueño de la casa propia, sino a la parte espiritual de ese hogar. El amor, siempre presente, consolidó a la familia haciéndola fuerte e indestructible. Sobre toda la Fé en Dios, fuente de todo bien, los acompañó siempre.

Hoy viven con la paz interior que los ayuda a ser felices, concientes de haber cumplido con su deber, siendo honestos y útiles a la sociedad.

Y en compañía de sus hijos, yerno y nietita, agradecidos a San Marino la Patria que por sangre les pertenece, que los cobijó cual una madre amorosa, brindándoles sus montes, su cielo, su paz y libertad.